

# Música desconocida para viajes, 2° Edición Ampliada

De Cristian Aliaga  
Ediciones Desde la Gente-IMFC, 2009

## Resumen

*Música desconocida para viajes es una obra de resistencia contra esa forma de individualidad precaria que es la única individualidad que pretende concedernos el mercado como ministerio de administración de economía, de cultura, de nuestras vidas. Puede que los viajes de Aliaga, viajero experimental y poeta, hayan respondido a un plan previo, pero los modos con los que el escritor alimenta el imaginario y las prácticas estéticas de su cuaderno parecen libres de toda tiranía de horarios y rutinas, y abandonados apaciblemente a la posibilidad de una revelación —que puede ser sensorial, histórica, espiritual, o sociológica— que quizás surja, o tal vez no, pero que estará siempre propiciada por la intuición, la curiosidad y la materia impalpable de los sueños.*

Tal vez más que ningún otro, el discurso poético presupone, como lo entendió Rainer María Rilke, la “experiencia de lo real”. Una realidad oculta, no registrada antes, acaso velada de tanto verla día a día, y sobre la que habrá que apoyar, recomendaba Goethe, apenas la punta de un solo pie; los surrealistas sabrían dar cuenta de esas crestas alineadas tras la superficie de las cosas.

Podríamos definir como microrrelatos estos textos breves de Cristian Aliaga. Y estaríamos en lo cierto. Sin embargo, pensamos que la finalidad del autor no está tanto en narrar hechos puntuales, sino en transmitir sensaciones, percepciones. Visiones del mundo. “No hay afuera mientras se viaja”, dice Aliaga, nacido en Darragueira, agobiado tal vez por la inmensidad de la pampa natal, redonda y chata; habitante de la Patagonia no menos desbordante, y peregrino de los bosques y costas chilenos, de La Pedrera oriental, o de las orillas del Titicaca —lago ataviado para el carnaval—, cuando no abrumado espectador de la chatarra uniforme y oxidada que excreta el imperio [norte] americano: sus no—lugares. En “Adornos de lata” comienza así su descripción de Hillsboro—Waco:

*Como banderas florecen las liquidaciones, adornos de lata, figuras enarboladas sobre los techos para ofrecer Big Macs. ¿El césped y las flores rojas mitigan una tragedia? Nada hay para apresar sino la fugacidad. Los rincones se repiten como una versión multiplicada de un universo sin sentido.*

En la escritura de Cristian Aliaga “lo real” tiene su opacidad, su noche, su no—decir. Una aproximación a lo inalcanzable. En su deriva acompasamos, o bien contraponemos nuestra propia experiencia a la del autor: O, gracias a él, nos la inventamos, porque ya se sabe que una cabal lectura de lo real pasa por lo imaginario. En “Astillas de los huesos” (Estancia La Anita), dice Aliaga:

*No se busca un lugar donde morir, sino lugares que guarden muestras del espíritu de los muertos. En el Cañadón de Jaramillo, donde los vestigios de Facón Grande asoman como testigos, es posible ver el atardecer bajo la desolación, y el viento helado levanta astillas de sus huesos que fosforecen bajo los destellos del sol. Un pequeño animal escarba a centímetros de un fémur que parece volver a levantarse. A unos metros de aquí lo fusilaron los fusiladores del Máuser, ni la ruta pasa por este pueblo, como disparos retumban los gritos de sus descendientes en soledad.*

Si nos permitiéramos escandir en versos libres los textos de *Música desconocida para viajes*, tendríamos un libro de poemas. Pero el caso es que Aliaga eligió la prosa como formato; estamos entonces ante una prosa poética que se inscribe en la mejor tradición, desde *Los cantos del Duino* del mismo Rilke (“Todo ángel es terrible”) hasta *Historias de cronopios y de famas* de Julio Cortázar, sin olvidar al temprano Antonin Artaud de *El ombligo de los limbos* y *El pesa—nervios*, publicados mucho antes de que su autor se apasionara por el teatro de la crueldad en *El teatro y su doble*, o se interesara por la cultura ancestral de los Tarahumaras en su viaje por México. Tampoco hay que omitir la obra de Oliverio Girondo, poeta de vanguardia, quien luego de deslumbrar a sus lectores con sus *Veinte poemas para ser leídos en tranvía*, reincide en la poesía de viaje con *Calcomanías*, fruto de su periplo por la España de los años 20, en un deambular sin propósito característico del *flâneur*, al que Walter Benjamin definió como el libre paseante, gozador y reflexivo, que vaga casi al azar por calles y paisajes, entregado a lo que le ofrece el destino.

Puede que los viajes de Aliaga, viajero experimental y poeta, hayan respondido a un plan previo, pero los modos con los que el escritor alimenta el imaginario y las prácticas estéticas de su cuaderno parecen libres de toda tiranía de horarios y rutinas, y abandonados apaciblemente a la posibilidad de una revelación —que puede ser sensorial, histórica, espiritual, o sociológica— que quizás surja, o tal vez no, pero que estará siempre propiciada por la intuición, la curiosidad y la materia impalpable de los sueños.

René (que no Pierre) Ménéard dijo que la poesía moderna no adorna, no distrae, no es un ornamento de la vida interior, sino una tentativa, a veces desesperada, de devolver al hombre poderes comprometidos por la civilización cuantitativa y mecánica. Y, también en sus más grandes logros, de crearle otros nuevos. Es, qué duda cabe, instrumento de desalienación porque hace que el lector se enfrente a sí mismo y rescate, de una manera fecunda, su propia libertad. *Música desconocida para viajes* es una obra de resistencia contra esa forma de individualidad precaria que es la única individualidad que

pretende concedernos el mercado como ministerio de administración de economía, de cultura, de nuestras vidas.

Publicado originalmente por Ediciones Deldragón (Buenos Aires, 2002), Mario José Grabivker, director editorial de Desde la Gente, marca otro de sus grandes aciertos al asumir una segunda edición de libro, tan cuidada como la primera; es un acto feliz reponer un libro que ofrece el disfrute, un desmarque hacia el justificado hedonismo. *Música desconocida para viajes* merece ser leído por todos. En su prólogo, escribe Francisco Madariaga (¿quién dijo que ya no está?):

*Los de este libro son cuadros de viaje (interiores y exteriores), viajes americanos con misteriosos instantes de vida—suerte—muerte. De pronto, de entre los fracasos, las arenas, el océano, se vislumbra un no—fracaso: la lejanía.*

Las palabras de Madariaga al definir el libro de Cristian nos recuerdan la sugerencia de Alexander von Humboldt, gran viajero científico de la Modernidad, y a la vez viajero romántico con una concepción estético-filosófica del territorio, los pueblos y la Naturaleza: “Viajar conservando siempre una visión rigurosa y a la vez exaltada del mundo.”

*Por Ramb, Ana María  
Revista Centro Cultural de la Cooperación (Buenos Aires)*